

»Cármén dejó escapar un grito, tomó mi mano abrasada por la fiebre, y la besó llorando.

»El sacrificio estaba consumado; acababa de desgarrar mi corazón: pero en medio de mi amarga pena, sentía una melancólica satisfacción.

»Me dirigí á la mesita que sostenía mis papeles, y me puse á copiar música hasta el amanecer, para ganar el tiempo que el dolor me había tenido privada de sentido.

V.

Al día siguiente del doloroso acontecimiento que dejó referido, el padre de Fernando salió conmigo para una casa de campo, que poseía en un pueblo cercano de Madrid; aquel hombre excelente me amaba de todas veras, admiraba mi constancia, mi valor para el trabajo y el cariño apasionado que profesaba á mi familia.

En vano mi madre le hizo presente que, dejando yo la casa, faltaba en ella lo que mi trabajo producía, y quedaban sin recursos.

—¡Pardiez, señora! exclamó indignado; el egoísmo de Vd. va más allá de todos los límites imaginables; la pobre Clara no puede trabajar, puesto que se ha complacido Vd. en desgarrar su corazón; me la llevo, y es mucha razón

que así sea, y hasta me llevaré á Estéban, para que no le estorbe á Vd.; y eso, quiera usted ó no quiera; si hace falta el trabajo de mi pobre Clara, arréglense Vds. como puedan, y que el imbécil de mi hijo se case cuanto antes.

—¡Qué! ¿lleva usted á mal el que se case con Cármén?

—No puedo llevarlo peor.

—¿Y por qué? ¿no es igual para Vd.?

—Yo quiero á Clara como á una hija, y á su hermana no.

Partí con mi viejo amigo y con mi hermano; pero, al cabo de quince días, las cartas de mi madre y de mi hermana me llamaban con tanta insistencia, y me expresaban que les hacía tanta falta, que hube al fin de regresar al seno de mi familia, sabiendo que iba á apurar hasta las heces la copa del dolor.

No obstante, mi sacrificio había dulcificado el áspero y helado carácter de mi madre; algunas veces me miraba á hurtadillas y se pintaba en su semblante una expresión muy parecida al remordimiento; á la verdad, mi aspecto era bien doloroso, por la palidez y demacración de mi rostro.

Cármén se había vuelto muy afectuosa para mí, y Fernando, que realmente estaba enamorado de mi hermana, disimulaba en presencia mía su amor hacia ella, su indiferencia hacia mí, y la alegría que el cambio de prometida le inspiraba.

El matrimonio tuvo al fin lugar algunos dias despues de cumplir Cármen diez y seis años; pero, así mi hermana como su marido, decidieron irse á vivir á Paris; Cármen ansiaba ver la gran capital, y su marido sabia que allí habia de ganar mucho más dinero que en España con su arte.

De este modo la Providencia castigó á mi madre en su ciega adoracion por su hija menor, separándola de su lado y dejándola absolutamente destituida de toda proteccion fuera de la mia, de todo otro amor que no fuera el inmenso que mi pobre corazon abrigaba para ella.

Decir, mi querida Margarita, lo que yo sufrí durante el espacio de tiempo que medió desde que empezaron los preparativos del casamiento hasta que este tuvo lugar, sería cosa imposible; mi corazon se desgarraba, porque yo amaba á Fernando con pasion; pero la mirada suplicante de mi hermana llegaba á este corazon herido, y además, Cármen se habia vuelto para mí tan afectuosa y tan tierna, parecia estarme tan reconocida, que no hallaba fuerzas en mí para guardarle rencor.

Poco á poco llegó Dios en mi ayuda, á fuerza de rogarle que me la diera; el amor que tenia á Fernando se entibió, al pensar en su injusticia y en la indiferencia con que habia aceptado á mi hermana en lugar mio; ¿qué dicha podia esperar Cármen de semejante esposo

ni qué dicha hubiera yo hallado en mi union con él?

Una especie de triste resignacion y de paz melancólica descendieron al fondo de mi alma; cambiamos de habitacion por otra más pequeña y más extraviada, y me encerré en ella como en un sepulcro, con mi confianza en Dios, con mi madre enferma y mi hermano niño, renunciando ya á todos los amores de la tierra ¡ay de mí! sin haber conocido ninguno.

«Cármen y su marido nos olvidaron, y mi pobre madre comprendió al fin que solo con mi amor podia contar.

—«¡Cuánto te he desconocido, mi pobre Clara! me decia algunas veces, estrechando mis manos y con los ojos llenos de lágrimas. ¡Ah! ¡sino fuera por tí!

«Estas palabras me compensaban de todo; hay en el alma de la mujer tal propension al amor y al sacrificio, que responde siempre á todos los sentimientos generosos; mi madre, además, habia cambiado tambien mucho respecto de mi pobre hermano; ya no huia de su vista, y hasta me ayudaba á cuidarle; poco á poco lo que empezó solo por deber se convirtió en costumbre, y al fin llegó á querer al pobre Estéban; la centella del amor maternal vivia oculta en su alma, y brilló un día al fin, convirtiéndose en breve espacio de tiempo en generosa llama.

«Mas ¡ay! apenas el corazón de mi madre empezaba á abrirse para nosotros, cuando la ingratitude de Cármen la hirió de muerte; hubiera podido creerse que aquella cruel criatura se habia olvidado por completo de nosotros; no nos escribió más que dos cartas á su llegada, y despues dejó este cuidado á su marido, que se ocupaba rara vez en darnos noticias suyas; solamente á los diez meses de casados nos participó el nacimiento de su primer hijo; un año despues nos dijo que habian tenido una niña, y despues guardaron silencio y nada contestaron á nuestras cartas.

«Mi madre cayó enferma, y tuve que doblar mi trabajo; despues de una larga y penosa enfermedad, el médico me quitó toda esperanza de salvacion, y hube de resignarme á verla morir de una consuncion que nada podia ya detener, y á la que siempre habia sido propensa.

«Sola con mi madre moribunda y mi hermano ciego, teniendo que dedicarme al cuidado de los dos, sujeta á un trabajo que agotaba mis fuerzas y para el que no alcanzaba todo el tiempo que era preciso, más de una vez sentí desfallecer mi valor y más de una vez acusé al cielo de injusticia. Porque ¿qué era mi vida? un tejido de dolores, una cadena no interrumpida de penas y martirios! y ninguna compasion! ningún amor sobre la tierra! nada que me alentase, que me diese fuerza y valor! ¡Ah! Dios, al

probarme, me daba tambien una prueba irrecusable de su poder, pues, á pesar de mis desfallecimientos, sostuvo mi resignacion de una manera casi milagrosa.

«Probé, al fin, por segunda vez en mi vida un consuelo inefable; al conocer que iba á dejar este mundo, mi madre, como mi padre habia hecho, quiso tener conmigo una última y suprema entrevista: como aquel, se despidió de mí con tiernas palabras de gratitud; pero su afliccion fué mucho más grande, porque su injusticia habia sido mucho mayor.

—«Clara, mi buena, mi heroica Clara, me dijo teniéndome estrechada á su seno; yo te he sacrificado, yo te he arrebatado toda la felicidad á que tenias derecho; solo siento dejar la vida por no poder demostrarte mi gratitud y todo mi amor; tarde conozco lo que vales, hija mia; he tenido que quedar aislada de todo afecto para conocerlo; pero allá arriba, al lado de Dios, al lado de tu padre, velaré con él por tu destino; acaso, hija mia, no poseas nunca lo que el mundo llama dicha, es decir los intereses materiales: pero la dulce paz del alma no te faltará nunca, porque has sido mártir de tu deber y de tu amor á los tuyos.

«Tales fueron las últimas palabras de mi madre, á la caída de una hermosa tarde de otoño; con el sol se durmió, y aquella alma débil y tierna fué á buscar la del esposo que habia sido

su único amigo, y su generoso y fiel apoyo.

«Me quedé sola con mi pequeño hermano y mi vieja criada; contaba cerca de veintidos años, y un amargo cansancio de la vida se apoderó de mí; durante dos años llevé luto por mi madre y solo salía para ir á misa los domingos y para visitar el cementerio donde mis padres, unidos como lo habian estado en vida, descansaban en dos tumbas iguales, uno al lado del otro.

«Un nuevo cuidado me ocupaba; habia creido hallar alguna chispa de razon en el cerebro de Estéban; á fuerza de trabajo habia conseguido que me oyese leer; le hablaba sin cesar, explicándole cuanto yo veía, le llevaba conmigo á la iglesia y á mis paseos solitarios, le acariciaba, y á costa de un cuidado y de una ternura incansables, conseguia ir aclarando, aunque muy lentamente, las densas nieblas de aquel pobre entendimiento.

«Desde que tuve ménos atenciones, ganaba más dinero; me habia anunciado como profesora de inglés, de francés y de música, y tenia muchas lecciones, además de muchas copias de música y documentos judiciales.

«Una de mis primeras lecciones fué la de una jovencita que hacia tres años habia perdido á su madre, y cuyo padre, jóven aún, se hallaba enfermo del pecho; una ama de gobierno cuidaba de los dos; eran un hombre distinguido y una

niña encantadora; el padre llevaba el título de vizconde de la Torre, y tenia una renta modesta, que provenia de una bella finca rural situada entre Aragon y Cataluña; de esta misma finca procedia su título, concedido á su abuelo por el Rey D. Fernando VII, como recompensa de grandes servicios en su carrera militar; la posesion rural se llamaba La Torre.

«El vizconde habia adquirido la enfermedad del pecho queriendo salvar á su mujer, que, bañándose un dia en Biarritz, fué arrebatada por las olas en aquella traidora playa; su esposo, que se hallaba á la orilla, se precipitó en el mar, pero ya solo pudo alcanzar un cadáver... la pobre jóven habia perecido víctima de su temeridad y de su valor para la natacion.

«Su marido no pudo consolarse de aquella pérdida; yo le hallé, cuando me llamaron para dar leccion á su hija, pálido, demacrado, pero conservando todavía una bella y elegante figura. Contaba su hija diez y seis años, y era bonita como una flor de Mayo; su padre tenia ya cuarenta, y retirado de todo trato, solo conservaba para su hija el resto de vida que le quedaba.

«A los tres meses de ir yo todos los dias á casa del vizconde, ni éste ni su hija podian pasar sin mí; Carolina me hacia quedar muchos dias á comer; por la tarde leíamos, y luego hacia que me trajesen á Estéban, é iba con los dos á dar un paseo.

«El vizconde, que verdaderamente se interesaba por mi pobre hermano, hizo que le reconociera un oculista de gran fama, el cual aseguró que podía curar; pero exigió mil pesos por la operacion que necesitaba llevar á cabo.

«Cuando el doctor salió, el vizconde se volvió á mí y me dijo:

—«Clara, es preciso hacer á Estéban esa operacion, tanto más, cuanto que tengo la seguridad de que su entendimiento se desarrollará rápidamente asi que tenga vista.

—«¡Ah, señor vizconde! exclamé, ¿y dónde hallar la suma que el doctor exige?

—«Yo la buscaré; antes de seis dias la tendrá Vd. en su poder.

—«¡Ah, no! eso seria abusar de la bondad de Vd.

—«¡Y qué! exclamó con generoso entusiasmo; ¿podriamos dar á ese desgraciado niño la vista y el raciocinio, y no habiamos de hacerlo? La humanidad ordena este sacrificio; yo hallaré quien facilite ese dinero sobre mis bienes.

«Nada más se habló aquel dia; pero el domingo próximo vino á verme Carolina y me dijo:

—«Papá me ha dicho que lleve Vd. á Estéban mañana, querida Clara. El doctor ha dado palabra de estar allí á las diez.

—«¡Cómo! ¿persiste en su generoso empeño?

—«Como en todos los que tienen por base el bien de algun desdichado.

.....

«Quince dias despues tenia vista mi pobre hermano, y no habian pasado seis meses cuando las nieblas de su razon se habian disipado por completo; podia leer, le explicaba yo todas las cosas de la vida, y fué, en fin, como una resurreccion que debimos al vizconde.

VI.

«¿Qué incomprendible atraccion existe para las almas buenas, en la intimidad de otra alma igual? Solo Dios, que guarda el secreto de los corazones, puede saberlo.

«Un año se cumplia apenas desde que yo iba todos los dias á dar leccion á Carolina, cuando una mañana me asió ésta por la mano, y me dijo:

—«Mi querida Clara, vamos al salon donde nos espera papá.

—«¿A mí tambien? pregunté admirada.

—«A las dos.

«Con efecto, el vizconde, correctamente vestido de negro, se hallaba sentado al lado de una mesa llena de periódicos; al vernos se levantó:

—«Bien llegada, señorita, me dijo conduciéndome á un sofá; deseaba hablar á Vd. y no he ido á su casa por el temor de disgustarla; su posicion de Vd., aunque Vd. viva con su jóven

hermano, es muy delicada, y por esa razon y sabiendo que debia venir, he preferido hablarla aquí.

—«Yo doy á Vd. mil gracias, señor vizconde, por tan noble modo de proceder, respondí.

—«Lo que tengo que decir á Vd. es breve, pero solemne, prosiguió éste; nos hace Vd. á mi hija y á mí la más dulce compañía; ha llegado Vd. á ser precisa á nuestra existencia; los dos la amamos; está Vd. sola, es pobre, se halla atendida únicamente al producto de su trabajo... ¿quiere Vd. que adoptemos un medio legal y decoroso para hacer la vida reunidos? ¿quiere Vd. casarse conmigo?

«Yo quedé inmóvil y silenciosa, pero mi corazon dijo todo los que mis lábios no podian expresar; de repente ví claro en su fondo, y le sentí agitado de una inmensa alegría; yo amaba al vizconde.

—«¿No responde Vd., mi amada Clara? preguntó Carolina cogiéndome las manos; Vd. tan buena para nosotros, rehusará ser nuestra? ¡no, no lo creo! piense en que ha llegado á este hogar solitario para alegrarnos y hacernos dichosos; ha devuelto Vd. la salud á mi padre casi por completo, distrayéndole de su sombría tristeza; ha cuidado de mi educacion, y es mi hermana, mi mejor amiga!... ¡Ah! ¡no nos abandone ya! ¿verdad que no lo hará?

«La amable niña habia guardado una demis

manos, y su padre tenia la otra; yo, encarnada, con fusa, murmuré:

—«Pero ¿y mi hermano?

—«Será mi hijo, respondió el vizconde con acento conmovido.

—«Seremos tres para amarle, añadió la jóven; diga Vd. que accede á nuestro ruego.

«Por toda respuesta incliné mi cabeza en el hombro de Carolina.

«Mi corazon y mi gratitud estaban de acuerdo; ¿qué podia negar al salvador de mi hermano? Y yo le amaba además; no habia conocido á ningun hombre despues de Fernando más que al vizconde, que era el tipo más completo de la cortesía, de la nobleza y de todas las cualidades que adornan al hombre y que seducen á la mujer.

«Abreviaré esta ya larga narracion, mi querida Margarita, para llegar á la época en que mi vida, despues de un nuevo y último tropel de desdichas, quedó inmovilizada en la tranquila monotonía de hoy, y que ya ha de durar hasta mi muerte.

«Durante diez y ocho años fui la más feliz de las mujeres, si bien mi felicidad estaba acibarada por la mala salud de mi esposo, cuya dolencia apareció de nuevo, pasados algunos años.

«Carolina se casó cuatro despues de mi enlace con su padre; la amable niña fué presentada

en el mundo, conocida y amada en él, y un joven diplomático pidió y obtuvo su mano.

«El pobre Estéban no pudo seguir ninguna carrera científica: su cerebro no estaba aún bastante firme para adoptar ningun plan de estudios; pero se dedicó á la música con tanto entusiasmo, que era la sola pasión de su vida; enseñándola, ganaba lo bastante para su subsistencia y para no ser gravoso á la ya muy reducida fortuna de mi marido, de la que Carolina, al casarse, habia percibido más de la mitad, por expreso empeño de mi parte.

«Mi excelente esposo, me dejó cuando me era más necesaria su compañía; contaba diez y nueve años más que yo, y al cumplir sesenta y dos pasó á una vida mejor; murió bendiciéndome y asegurándome que jamás le habia causado una hora de pena.

«A pesar de ser ya muy escasa la renta que me quedaba, pues la enfermedad de mi esposo fué muy larga y exigió grandes gastos, yo vivia tranquila y sin pensar más que en hacer todo el bien posible; ya llevaba seis años de viudez y soledad, pues Estéban habia marchado á Italia, pátria de la música, y Carolina se hallaba en Alemania; los dos me llamaban á su lado; pero en un cementerio de Madrid dormian mis padres y mi esposo, y yo no queria dejarlos.

• «Un día recibí una carta de París; mi herma-

na, moribunda, deseaba verme; olvidando todo el mal que me habia hecho, volé á su lado, y el espectáculo que se ofreció á mis ojos desgarró mi corazón.

«Su marido se hallaba encerrado en Clichy por deudas; su hija se habia casado en España, pues una hermana de su padre la habia llevado á Barcelona, y de allí habia marchado á la Isla de Cuba con su marido; su hijo habia muerto en un desaffo. Cármen estaba sola, y abandonada á los cuidados de la portera de la casa; el cura de la parroquia donde vivia, me habia escrito.

«¡Pobre hermana mia! Al verla, todo mi amor por ella renació, y se agolparon á mi memoria las amorosas recomendaciones de mis padres! Escribí á un amigo para que reuniese todo lo que quedaba, pedí el resto del valor de la finca que habia sido de mi marido, reservándome tan solo el derecho de usar su título, y pude reunir la cantidad necesaria para que Fernando saliera en libertad.

«Algunos dias despues, mi hermana, convaleciente, estrechaba mis manos y corrian de sus ojos lágrimas de gratitud. Fernando, sentado enfrente, me contemplaba con admiracion, y yo bendecia al cielo por haberme dado una fortuna que habia podido emplear para hacer algun bien á mi familia.

«Cuando dejé á Cármen y á su marido, mi

querida Margarita, era ya tan pobre como hoy y como lo era antes de mi casamiento; me quedé con el dinero estrictamente necesario para el viaje y para vivir en Madrid con mucha escasez durante una semana.

“¡Pero cuán tranquilo y dichoso estaba mi corazón! ¡con qué delicia pensaba en la felicidad, en el restablecimiento de Cármen, á la que habia vuelto á la vida la presencia de su marido! ¡que celeste paz habia en mi alma!

“No, Margarita, las injusticias de la tierra, por grandes ventajas materiales que proporcionen, no deben aceptarse jamás, siquiera sea por egoismo.

“Nada hay que nos dé la pura, la noble satisfaccion de la virtud; nada hay que nos haga verdaderamente dichosos más que el contentamiento de nosotros mismos, que es el más difícil de obtener, porque al mundo podemos engañarle, pero jamás engañaremos á nuestra conciencia.

“Desde entonces vivo otra vez sola y pobre: pero desde jóven he sembrado en mi camino todo el bien posible, y no hay en mi corazón ni la sombra de un remordimiento.

“He vuelto á mis copias, á mis lecciones, á mi escasez de cada día; vivo muy modestamente para ahorrar una pequeña pensión que envío á mi pobre hermano; veo á mi hermana, que viene de vez en cuando, á Carolina, la hija de

mi esposo, que pasa algunas temporadas en Madrid solo por estar á mi lado; mi hermano me escribe, hago pequeñas limosnas y espero con toda tranquilidad el día que Dios me llame á sí.—Puedo asegurar á Vd. amiga mia, que me tengo por una de las criaturas más dichosas de la tierra, no obstante mi extrema pobreza y la ancianidad que ya me agobiará en breve.

“Mi querida Margarita, no constituyen la dicha las prosperidades terrestres; la dicha reside dentro de nosotros mismos, en la paz de una conciencia tranquila, en la posibilidad de decirse cada noche: Nada tengo que echarme en cara; no he causado mal á nadie, y he hecho todo el bien que me ha sido posible.”

FIN DE LA PARTE SEGUNDA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO